

La rosa VIOLEta.

Cada rosa esconde una verdad.

Alejandro Khan

Sonolibro Editorial

Copyright © [Year of First Publication] by [Author or Pen Name]

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

CONTENTS

1. La mañana de la boda	1
2. La finca	9
3. Comienza la búsqueda	22
4. Donde no mira nadie	30
6. El video	40
7. Olivia	46
8. Donde siempre estuvo	50
Epílogo	55



1. La mañana De La BODA

La mañana de la boda ya prometía ser un infierno, pero poco me podía imaginar cómo el destino había decidido que aún podía apretar más el nudo.

El móvil sonó a las siete, pero yo ya estaba despierta.

No sabría decir desde cuándo. Tal vez desde la primera vez que lo miré en mitad de la noche y comprobé que no había mensajes nuevos. O desde ese instante en el que tuve claro que estaba traicionando lo que sentía, pero aun así

me había convencido de que ir a la boda era lo correcto. Por mis niñas. Las hijas de su padre... aunque él fuera un mierda. No quería pensarlo, pero en el fondo esperaba algo. Algo que lo parara todo. Y por eso miraba tanto el móvil.

Me quedé unos segundos mirando el techo. Había una pequeña grieta sobre la lámpara, fina, casi elegante, como una cicatriz que ha aprendido a mimetizarse en el fondo blanco.

No recordaba haberla visto antes.

Me levanté despacio. El suelo estaba frío. Crucé el pasillo sin hacer ruido y, al pasar frente a la habitación de Penélope, bajé el ritmo.

Escuché.

Nada.

Empujé la puerta con dos dedos.

La persiana estaba a medio bajar. La luz entraba en líneas oblicuas que le cruzaban el cuerpo como barrotes suaves. Estaba de lado, encogida, el pelo cubriéndole media cara.

—¿Penny?

Tardó en responder.

—Me duele —dijo al final, sin mirarme—. Bastante.

Asentí.

Era verdad. Sabía que desde hacía un año que le había empezado la menstruación, siempre era dolorosa. Pero no era solo eso.

Había algo más. Algo pequeño. Descolocado.

—Puedo quedarme —dije—. No pasa nada si no voy a la boda.

—No.

Demasiado rápido.

Se removi6 un poco, como si el simple hecho de hablar le molestara.

—Vete. Estaré bien.

Me quedé un segundo más de lo necesario.

—Penélope...

—Mamá —dijo, cerrando los ojos—. No quiero hablar.

No era enfado.

Era cierre.

Y eso siempre es peor.



En la cocina, el café ya estaba hecho.

No recordaba haberlo preparado.

El vestido colgaba sobre la silla. Blanco roto. Impecable. A lo mejor un poco inoportuno. Me daba igual.

Lo toqué y retiré la mano.

Entonces la oí.

Penélope apareció en el umbral. Venía despacio, con ese arrastre leve de pies cuando le dolía algo. No me miró. Fue directa a la nevera.

La abrió. La cerró. La volvió a abrir.

—Hay ibuprofeno en el cajón —dije.

—Ya lo sé.

Bebió agua directamente de la botella.

Se apoyó en la encimera.

—¿A qué hora te vas?

—En una hora.

Asintió.

Silencio.

—De verdad que puedo quedarme, no me importa.

Se giró un poco. Lo justo.

Tenía los ojos... apagados.

—No hace falta, mamá.

—Penny...

—Vete —dijo, tranquila—. Disfruta. Por lo menos, acompaña a mi hermana.

—No voy a disfrutar si tu no...

No terminé la frase.

No hacía falta.

Ella sí.

—Estoy bien —añadió—. Prefiero estar sola.

Luego bajó la mirada.

Y entonces lo dijo.

—Además... hoy ya no soy yo la importante.

Ahí estaba.

No el dolor.

No la regla.

Ese sentimiento.



El tacón resonó más de lo que esperaba.

Cogí el bolso. Las llaves. El móvil.

Todo en orden.

Demasiado en orden.

Me acerqué a su habitación.

—Penny... me voy.

Silencio.

Empujé la puerta.

Seguía igual. Misma postura. Misma quietud.

—Te llamo luego.

Nada.

Di un paso dentro.

—Si necesitas algo...

—Mamá.

Me detuve.

—De verdad. Vete.

No había reproche.

Solo... quería estar sola

Salí.

Cerré la puerta con cuidado.



El coche arrancó como si ya hubiera tomado la decisión por mí.

Avancé sin pensar. Primer semáforo. Rojo.

Miré el móvil.

Pantalla negra.

Lo dejé en el asiento del copiloto.

Y entonces vibró.

Mire de reojo. Número desconocido.

No lo abrí al instante.

Siguiente semáforo lo abrí.

“¿Estás disfrutando del gran día?”

Fruncí el ceño.

Levanté la vista.

El semáforo seguía en rojo.

Y, sin saber muy bien por qué, sentí un pequeño golpe seco en el estómago.

“¿Quién eres?”

Los puntos aparecieron casi al instante.

Escribiendo.

Demasiado rápido.

Demasiado seguro.

Entonces llegó el siguiente mensaje.

“Conduces bien bajo presión... ¿verdad, Vera?”

Se me helaron las manos.

Miré por el retrovisor.

Nadie parecía mirarme.

No había nadie que conociera.

Pero alguien sabía que estaba allí.

En ese coche.

En ese instante exacto.

El semáforo cambió a verde.

No arranqué.

El móvil volvió a vibrar.

“No llegues tarde. Te va a hacer falta todo el tiempo.”

Levanté la cabeza.

Y, por primera vez esa mañana, tuve la certeza de algo incómodo.

Muy incómodo.

No era una broma.

Y acababa de empezar.

Mientras el coche de atrás pitaba, bajé la mirada una vez más.

Otro mensaje. Una imagen adjunta. Aún sin descargar.

El dedo se me quedó suspendido sobre la pantalla.

Sin tocarla. Porque, en el fondo, sabía que cuando esa imagen se abriera...

Todo iba a cambiar.



2. La finca

No debería abrir mas mensajes. ¿O sí?

El caso es que, cuando el semáforo se puso en verde y el coche de atrás empezó a pitar con impaciencia, tuve que obligarme a hacer algo tan simple como seguir conduciendo. Nada más. Apretar el volante, mantener la mirada al frente y avanzar como si todo fuera normal, como si aquel mensaje no se hubiera colado ya en algún sitio incómodo de mi cabeza.

Una broma, pensé. Un número equivocado. Alguien con demasiado tiempo libre gastando bromas idiotas.

Hay muchas explicaciones cuando una no quiere pensar mal.

Aparqué junto a la entrada de la finca. Durante unos segundos me quedé dentro del coche, con el motor apagado y el móvil todavía en la mano. Toqué el móvil y la pantalla se iluminó, como si me estuviera esperando.

"Espero que disfrutes del gran día"

Bloqueé el teléfono.

Salí.

La finca parecía diseñada para que nada pudiera salir mal.

Eso fue lo primero que pensé al bajar del coche.

No era solo bonita. Era... precisa. Como si cada árbol, cada flor, cada sombra hubiese sido colocada con una misión a cumplir.

El aire olía a jazmín, denso, empalagoso. Pero lo que me interesaba no era la finca, ni la carpa, ni la gente que conversaba en pequeños círculos.

Busqué a Alma. Instintiva. Urgente

Allí estaba, cerca de la entrada principal, rodeada por dos organizadoras que ajustaban con precisión milimétrica el vuelo de su vestido. Estaba concentrada en no pisárselo, sujetando la tela con ambas manos, con esa se-

riedad que le salía cuando quería hacerlo todo bien.

Respiré.

No me había dado cuenta de que estaba conteniendo el aire hasta ese momento.

Caminé hacia ella.

—Hola cariño ¿Estás nerviosa? —le pregunté, inclinándome un poco para estar a su altura.

Asintió, aunque sus ojos no estaban del todo tranquilos.

—Sí... ¿tú vas a estar cerca de mí?

Sonreí. O al menos lo intenté.

—Claro.

Mentí mejor de lo que esperaba. No tenía ninguna intención de acercarme al capullo de mi ex.

Le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja y noté cómo se inclinaba apenas hacia mí, lo justo para buscar contacto sin que nadie más lo percibiera.

—Si necesitas algo, me buscas, ¿vale? Voy a estar por aquí.

Paula, una de las organizadoras intervino, con una sonrisa que parecía sincera, cogiendo de la mano a Alma

—La vamos a ir colocando ya.

Colocando.

Como si fuera una pieza de ajedrez.

Me aparté un paso.

Cuando ya no tenía a Alma delante, levanté la vista y miré alrededor.



Álvaro estaba a unos metros, rodeado de gente. Hablaba con esa naturalidad suya que siempre le había abierto puertas, incluso cuando no tenía nada que ofrecer detrás. Una mano en el bolsillo, la otra marcando el ritmo de lo que decía, inclinándose lo justo hacia su interlocutor para hacerle sentir importante. Esos ojos azules tan falsos.

Lo conocía.

Demasiado bien.

Había aprendido a escucharle más allá de las palabras. A fijarme en los silencios, en los momentos en los que no respondía, en cómo desviaba una conversación cuando dejaba de interesarle.

Nunca discutía.

Redirigía.

Y cuando no podía redirigir... desaparecía.

Giró la cabeza un instante y nuestras miradas se cruzaron. Sonrió. Correcto.

La misma sonrisa con la que, años atrás, me explicó que lo nuestro ya no funcionaba... mientras ya tenía a otra persona en la cabeza.

No lo supe con seguridad entonces.

Pero ahora sí los sabía.

Álvaro no hacía nada sin un motivo.

Y que, últimamente, necesitaba dinero con más urgencia de la que estaba dispuesto a reconocer.

Desplacé la mirada hacia la novia.

Olivia.

Era más joven de lo que recordaba. O quizá era la situación la que la hacía parecerlo. El vestido le quedaba perfecto, como si lo hubieran pensado para que encajara en ese entorno sin fisuras. Todo en ella encajaba.

Demasiado.

Sonreía a quienes se acercaban, asentía, respondía... pero había algo en su expresión que no terminaba de acompañar el gesto.

De vez en cuando miraba a Álvaro.

Buscándole.

Él no siempre le devolvía la mirada.

Y durante un segundo, breve pero incómodo, tuve la sensación de que no era la única a la que estaban observando.

Bajé la mirada.

El móvil seguía en mi mano.

El mensaje... ya no estaba.

Las flores estaban en su punto exacto, las mesas perfectamente alineadas, los camareros moviéndose con una sincronía que rozaba lo coreográfico. Todo parecía funcionar con una precisión que no dejaba espacio para el error... ni para lo imprevisto.

Un camarero pasó rozándome. Demasiado cerca.

Sus ojos bajaron un instante hacia mi bolso... y se detuvieron un segundo más de lo normal. No era curiosidad. Era comprobación.



—Señora Vera.

La voz me sacó de mis pensamientos y me giré.

Un hombre trajeado, con un auricular apenas visible, me observaba con una sonrisa de porcelana recién pintada.

—Don Mauro, el padre de la novia desea saludarla antes de la ceremonia.

No pregunté nada. Asentí.

Mientras lo seguía, noté de nuevo el peso del móvil en el bolso; no podía olvidarme de ese mensaje imbécil.

Fuimos a un lateral de la finca, alejándonos del murmullo principal. El sonido menguaba a cada paso. Parecíamos andar hacia la normalidad.

Lo vi antes de que dijera nada.

El padre de la novia no estaba en el centro de la escena. Se mantenía un tanto apartado, junto a una mesa alta.

Observaba. Con calma.

Con esa quietud que no es pasividad, sino control. Como si todo aquello —la boda, los invitados, incluso su propia hija— formara parte de algo que ya había previsto de antemano.

Había dos hombres cerca de él. No pegados. No evidentes. Pero lo suficientemente atentos como para no pasar desapercibidos si sabías qué buscar.

Seguridad.

Buena seguridad.

Cuando me acerqué, se giró despacio.

No hubo sorpresa en su mirada. Solo reconocimiento.

—Vera.

Lo dijo como una afirmación, no preguntando.

—Sí.

Extendió la mano. Su apretón fue firme, medido, sin excesos.

—Gracias por venir.

—Su hija insistió. He venido por Alma.

Hubo un silencio breve, pero denso. Me observaba con una atención que no era cortesía, sino evaluación, como si tratara de medir algo que aún no había decidido del todo.

—Sus hijas —dijo finalmente—. Encantadoras.

—Lo son.

—Especialmente la mayor.

Sentí cómo algo se tensaba en mi interior, una alerta pequeña, casi imperceptible.

—Penny no está aquí.

—Lo sé.

La respuesta llegó demasiado rápido. Demasiado limpia.

Lo miré un segundo más de lo habitual.

—¿Ah, sí?

Inclinó apenas la cabeza, como si aquello no tuviera mayor importancia.

—Los adolescentes "pasan" como ellos dicen de estas celebraciones

Asentí sin convicción.

Pero no era lo que decía lo que me inquietaba.

Era la sensación de que había algo más detrás de sus palabras.



Lo vi acercarse antes de que dijera mi nombre.

Álvaro estaba impecable. Como siempre.

El traje parecía su segunda piel. Su porte dominaba el espacio que ocupaba y su sonrisa —esa sonrisa con la que tantas veces me engañó— seguía siendo igual de eficaz que años atrás: correcta, medida, lo bastante cálida como para no levantar sospechas.

—Vera —dijo—. No sabía si vendrías.

Mentira.

Siempre lo sabía todo.

—He venido por Alma.

—Lo sé y te lo agradezco. Ella se sentirá más segura contigo aquí

Se inclinó ligeramente hacia mí, reduciendo la distancia lo justo para que sus palabras no salieran de ese pequeño espacio entre los dos.

—Gracias por no montar ningún espectáculo.

Le sostuve la mirada.

—Todavía no ha empezado la ceremonia.

Durante un segundo —uno solo— su expresión se tensó. Apenas. Pero lo suficiente como para confirmarme lo poco que le gustaba que estuviera allí.

Enseguida volvió a su versión pública.

—Alma está preciosa —dijo, mirando hacia la carpa.

Seguí su mirada.

Nuestra hija permanecía en su sitio, con las manos un poco más rígidas de lo necesario, escuchando indicaciones que probablemente no estaba entendiendo del todo.

—Siempre lo hace bien —respondí.

Él no contestó de inmediato.

Y entonces lo vi.

No estaba mirando a Alma.

Estaba mirando a la novia.

Y no había nada emocional en su gesto.

Era cálculo. Frío. Preciso.
Como quien evalúa una oportunidad.
—Has hecho un buen trabajo —añadió finalmente—. Con las niñas.
Giré la cabeza hacia él.
—Sí —dije—. Alguien tenía que hacerlo.
Sonrió. Sin inmutarse.
Como si incluso eso le pareciera razonable.



El móvil vibró dentro del bolso.
No fue un sonido fuerte.
Pero lo sentí como un golpe.
Lo saqué.
Número desconocido. Abrí el mensaje.
La imagen se descargó sin aviso.
De golpe.
Penélope, Penny estaba...dentro de un maletero.
Los ojos abiertos.
La boca cubierta.
El mundo, se redujo a aquella imagen. Por un instante pensé que iba a caerme allí mismo.
—No...Penny, No, mi niña...

Me costaba respirar y empecé a temblar.

Miré a mi alrededor buscando a Álvaro

Llegó otro mensaje.

“Empieza a buscar.”

Empecé a empaparme en sudor y miré alrededor, pero la gente seguía riendo como si nada entre las mesas perfectamente alineadas.

Volví a mirar al móvil y...

¡El mensaje había desaparecido!

Deslicé el dedo por el móvil.

¡La foto también había desaparecido!

Me quedé mirando la pantalla sin entender, como si mi cabeza necesitara unos segundos para procesar lo que acababa de pasar.

Todos los mensajes habían desaparecido.

No aparecían ni siquiera en “recientes”. Como si nunca hubieran existido.

¿A quién podía decirle ahora lo que había recibido? Me tomarían por loca.

Entonces entró un nuevo mensaje.

Esta vez solo texto.

" No llames. No hables de esto a nadie. Sabemos dónde estás. Si quieres volver a ver a tu hija, busca el pendrive junto a las rosas violetas. Tienes una hora para encontrarlo y utilizar su contenido antes de que empiece el baile. Si avisas a la policía por cualquier medio o le

cuentas algo a cualquier invitado, tu hija lo pagará."

Me quedé paralizada. Levanté la vista buscando a alguien. No sé a quién. Álvaro no estaría, pero un apoyo, una salida.

Me acordé de que los otros mensajes habían desaparecido e intenté hacer una captura de pantalla, pero... demasiado tarde.

Al otro lado del jardín, el padre de la novia me estaba mirando.

Fijamente.

Sin apartar la vista.

Como si supiera exactamente lo que acababa de ver.



3. comienza La BÚSQUEDA

Aparté la mirada del padre de la novia
como si no lo hubiera visto.

Como si no me estuviera mirando.

Como si el mensaje no me hubiera atravesado
la piel y llegado hasta lo más hondo de mi
ser.

Respira.

Eso es lo primero.

Respira sin que se note nada.

Pensé durante unos segundos hacer una llamada
rápida a Penélope, pero sabía que me

estaban mirando, así que guardé el móvil en el bolso con un gesto lento, medido, obligándome a no temblar. Que quien me estuviera vigilando lo viera con claridad.

“No llames. No hables de esto a nadie.”

La frase seguía en mi cabeza, seca y nítida, como una orden que ya ha tomado el control. extraño

Volví a mirar hacia la carpa.

Alma.

Tenía que verla otra vez.

Seguía donde la había dejado, con esa rigidez en los hombros que delataba que estaba intentando hacerlo todo bien. Almudena, la otra organizadora, se inclinaba sobre ella para darle indicaciones, colocándole las manos, girándole ligeramente el cuerpo.

Normal.

Todo era normal.

Demasiado normal.

Di un paso hacia allí. Luego otro.

Cada paso me costaba más de lo que debería. Como si mi cuerpo estuviera dividido en dos: una parte que quería salir corriendo, coger el coche, volver a casa, romper la puerta de la habitación de Penélope y comprobar con mis propias manos que todo era mentira... y

otra que entendía, con una lucidez fría, que no podía hacer nada de eso.

Porque si era verdad...

Si era verdad, no podía arriesgarme.

—Mamá —dijo Alma cuando estuve a su lado—, ¿puedo beber agua?

Su voz me serenó un poco.

—Claro cariño —respondí—. Ahora te la traigo.

La miré un segundo más de lo necesario.

—No te muevas de aquí, ¿vale?

Asintió.

Siempre asentía.

Después de darle al agua, me alejé despacio, procurando no girarme de golpe, no correr, no llamar la atención. Todo en mí pedía prisa, pero tenía que hacer justo lo contrario.

"Busca el pendrive junto a las rosas violeta."

Rosas violetas.

Repetí la frase en mi cabeza mientras caminaba entre las mesas.

Rosas violetas.



Las vi antes de empezar a buscarlas

Eran pocas. Demasiadas violetas, como si alguien las hubiera colocado ahí a propósito, para que solo las viera quien tenía que verlas.

Por eso destacaban.

En medio de una decoración clásica de boda, había varios centros de mesa en los que alguien —por capricho o por decisión— había colocado rosas de un violeta intenso, casi artificial, como si no terminaran de pertenecer a aquel sitio.

Ahora ya sabía por qué.

Me acerqué a una de las mesas con una copa en la mano que no recordaba haber cogido. La sostuve como una coartada, como si formara parte de algo que cualquiera pudiera entender: una invitada más, esperando, mirando, ocupando el tiempo.

Me incliné ligeramente sobre el centro de flores.

Demasiado obvio. Me incorporé y miré alrededor.

Nadie parecía fijarse en mí o eso quería creer.

Me acerqué como si estuviera admirando la composición del centro de mesa y pasé los dedos por los pétalos, apartando una de las rosas con un gesto nervioso.

Nada.

Solo tallos. Espuma húmeda. Agua.

Entonces la frase regresó con una claridad incómoda.

No era “en las rosas”.

Era “junto a las rosas”.

Levanté la vista.

Observé el conjunto.

Las mesas. La disposición. Los caminos de grava. Los puntos de luz.

Y entonces lo vi.

No era una mesa aislada.

Era un patrón.

Las mesas en las que había rosas violetas formaban una hilera que conducía hacia uno de los laterales de la finca, donde la decoración cambiaba ligeramente y el bullicio disminuía.

Como si marcaran un recorrido.

Como si alguien hubiera querido que solo el que lo supiera lo siguiera.



Tragué saliva.

Y empecé a andar en esa dirección.

Cada paso era más rápido que el anterior, aunque por fuera intentara mantener una calma que ya no tenía. El sonido de la grava bajo los pies me parecía demasiado fuerte, como si pudiera delatarme.

Rosas violetas.

Repetí la frase otra vez.

Y, sin quererlo, pensé en Álvaro.

En cómo había llegado hasta aquí.

No había sido de golpe.

Nunca lo hacía así.

Primero fue el proyecto del local.

Los planos extendidos sobre la mesa del salón, explicándome con entusiasmo cómo iban a convertir aquel espacio en apartamentos de lujo. Recuerdo que me hablaba de cifras, de rentabilidad, de futuro... como si ya lo hubiera conseguido.

Meses después, no valía nada.

Ni el local.

Ni los planos.

Ni todo el dinero que había metido ahí.

Después vinieron las apuestas.

Al principio pequeñas.

“Solo para recuperar”, decía.

Luego dejó de contármelo.

Y cuando alguien deja de contar algo... es porque ya es demasiado grande.

Más de lo que puede sostener.

Más de lo que quiere que veas.

Trescientos mil euros.

La cifra me vino a la cabeza como un golpe seco.

Demasiado dinero.

Demasiada necesidad.

Y entonces lo entendí con una claridad que me revolvió el estómago.

Olivia.

No era amor.

Era su salida.

Una salida limpia, perfecta, envuelta en un vestido blanco.

Y Alma...

Alma era otra pieza que intentaba ganarse.

La mejor forma de hacerme daño.

Apreté los dientes.

No.

No ahora.

No podía pensar en eso ahora.

Seguí caminando.



A mitad de camino, el móvil vibró otra vez dentro del bolso.

No necesitaba mirarlo para saber quién era.

Aun así, lo saqué.

Un nuevo mensaje.

"Más rápido. No estás sola."

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

Levanté la vista, muy despacio.

Y por primera vez, tuve la certeza de algo que hasta ese momento solo había intuido:

Alguien me estaba observando.

No desde lejos.

No desde la distancia segura de una mesa.

Mucho más cerca.



4. DONDE NO mira nadie

Seguí la hilera de mesas con centros en los que había rosas violetas hasta que dejó de haber mesas.

El ruido de la boda se quedó atrás, amortiguado, como si alguien hubiera bajado el volumen de golpe. A partir de ahí, la finca cambiaba. Menos decoración, más verde, más sombras. Un sendero de grava que bordeaba un seto alto y, al fondo, un edificio bajo de piedra clara

¿Lo vi al llegar? No me acuerdo, pero ahora todo cuenta.

Me detuve junto a la última mesa con rosas violetas. El centro era más pequeño que los otros, menos cuidado. Como si lo hubieran colocado de prisa... o con otra intención.

“Junto a las rosas violetas.”

Me incliné.

Nada.

Toqué la base. La espuma húmeda, los tallos... agua.

Nada.

Respiré hondo, conteniendo el temblor de las manos. No era tan fácil. Había muchos centros de flores.

Me di cuenta de que el patrón no terminaba en la mesa. La línea imaginaria terminaba en el edificio.

La puerta lateral estaba entreabierta.

Oscura. Esperando.

Tragué saliva.

Y avancé.



Empujo la puerta con dos dedos.

El cambio de luz es brusco. El frescor interior me golpea. Huele a madera vieja, a cerrado, a falta de ventilación. Un pasillo corto, una mesa auxiliar, un par de cuadros sin alma.

Silencio. Cierro la puerta con cuidado de no romperlo.

Me quedo quieta y escucho.

Nada.

Ni pasos. Ni voces. Ni respiración ajena.

Solo mi pulso. Acelerado.

Avanzo despacio, rozando la pared con la yema de los dedos como si necesitara la seguridad de tocar algo físico. A la derecha, una sala pequeña. A la izquierda, otra puerta.

Entro en la primera. Es un despacho.

Limpio. Ordenado. Como los sitios en los que nunca parece haber pasado nada... Aunque haya pasado todo.

Mesa de madera oscura, ordenador apagado, lámpara encendida —que no debería estarlo, si no hay nadie— Estanterías con libros que parecen más decorativos que leídos.

Y, en un lateral, un jarrón.

Unas rosas violetas. No muchas.

Me acerco despacio.

Toco el jarrón.

Frío.

Lo giro ligeramente.

Nada.

Meto la mano entre los tallos. Pincha. No me importa. Busco.

Nada.

—No... —susurro, y la frustración empieza a subir por el pecho.

Entonces me acuerdo: “Junto a las rosas.”

No dentro.

Junto.

Miro alrededor.

Mesa. Cajones. Lámpara. Cuadros.

Nada.

Vuelvo al jarrón.

Lo levanto.

Debajo, apenas visible, hay un pequeño punto negro adherido a la base de la mesa.

Un imán.

Con algo pegado.

El corazón me da un salto.

Meto la uña con cuidado y tiro.

Cede.

Un pequeño pendrive.

Violeta.

Lo sostengo entre los dedos como si quemara.

Lo he encontrado.



—No deberías estar aquí.

La voz me atraviesa la espalda y me giro de espacio, sin querer mostrar el sobresalto. Álvaro está en la puerta, observándome con una calma que no me gusta nada. No parece sorprendido; más bien parece confirmar algo que ya sospechaba.

Cierra la puerta con suavidad, como si no quisiera hacer ruido... o como si no quisiera que nadie más se enterara de que está aquí conmigo.

—¿Qué haces aquí, Vera?

Aprieto el puño instintivamente y escondo el pendrive contra el costado. Noto cómo el plástico se clava en la palma de mi mano.

—Busco un baño.

Nada más decirlo sé que es una mala respuesta. Él también lo sabe. Sonríe apenas, sin moverse todavía.

—Siempre has sido mala mintiendo.

—Sí, no todos tenemos tu experiencia.

Avanza un paso, luego otro, reduciendo la distancia sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Yo no me muevo. No puedo. La mesa está a mi espalda y no hay salida lateral sin pasar por él.

—Esta zona no es para invitados —añade—. Es privada.

—Pues alguien se ha dejado la puerta abierta.

—Nada aquí se deja abierto por casualidad.

La frase se queda suspendida entre los dos, cargada de algo que no termino de definir. Le sostengo la mirada, obligándome a no apartarla.

—Vera... —dice, bajando el tono—. ¿Qué está pasando?

—Nada.

La palabra sale demasiado rápido.

Demasiado seca.

Álvaro lo nota.

—Si esta es una de tus crisis...ni se te ocurra montar hoy un espectáculo.

Silencio

—Hazlo por ellas, nuestras hijas.

—¡Cabrón!

Ni se inmuta

—Contrólate.

5. El pendrive

La puerta se cierra a mi espalda con un clic seco. Álvaro se ha ido.

Me quedo inmóvil un segundo, comprobando que sigo entera. Que no me he roto por dentro.

Respiro. Una vez. Dos.

El pendrive late en mi mano cerrada. No lo miro. Lo aprieto.

Me acerco a la puerta contigua —el despacho improvisado de Álvaro— y apoyo la oreja apenas un instante. Silencio. Nadie.

Abro.

Dentro, el aire parece más frío. Todo en su sitio, como si allí nunca pasara nada.

Cierro al entrar y me siento en el sillón, despacio, insegura.

Saco el móvil y me cuesta trabajo conectar el pendrive con el adaptador que trae pegado. Tengo que intentarlo varias veces hasta que lo consigo.

El móvil tiembla ligeramente en mi mano.

Dudo un par de segundos antes de presionar el play.

Pulso.

Los primeros segundos del vídeo no se ve gran cosa. Solo a alguien colocando el móvil para grabar.

Al principio no hay nada en su rostro.
Pero enseguida algo cambia.
Mis cejas se fruncen.
Mis labios se entreabren... como si el aire dejara de entrar con normalidad.
No parpadeo.
Sigo mirando.
Siento como el color se me escurre de la cara, como si alguien hubiera apagado algo por dentro sin avisar.
Aprieto el móvil con fuerza en un gesto reflejo. Defensivo.
Niego, moviendo la cabeza. Una vez. Otra.
Como si el cuerpo rechazara lo que los ojos ya han aceptado.
El vídeo sigue.
Aprieto los dientes y noto como los músculos del cuello se tensan.
Me cuesta respirar. Tengo que coger aire por la boca.
No puedo despegar los ojos de la pantalla.
Noto como una lágrima aparece, pero no cae. Se queda ahí, suspendida, inútil.
No es tristeza.
Es otra cosa. Más seca. Más peligrosa.
Cuando el vídeo termina, no me muevo de inmediato.

La pantalla se apaga.

Negro.

Mi reflejo le devuelve la mirada.

Y en ese reflejo ya no está la mujer que entró en esa habitación.

Trago saliva. Muy despacio.

Cierro los ojos un segundo... y al abrirlos, algo ha decidido por mí.

Sé lo que voy a hacer.

Saco el móvil y consulto un momento los dispositivos disponibles y lo encuentro: *Wedding display*. Sin contraseña. Lo vinculo.

Me levanto.

Guardo el pendrive.

Me miro las manos.

Aún tiemblan.

Las cierro haciendo un puño.

Me acerco a la puerta y me detengo.

Escucho.

A lo lejos, amortiguado, llega el sonido de la boda: música suave, risas, copas chocando...

La vida continuando como si nada.

Como si todo estuviera en orden.

Lo veo todo por los cristalitos de la puerta.

La abro y salgo.

La música suena suave, casi elegante. Un cuarteto de cuerda desgrana la eternidad del

Vals nº2 de Shostakovich, como si el amor pudiera resumirse en unas notas bien afinadas.

Nadie mira hacia atrás.

Nadie mira a la puerta por la que voy a salir.

Todos miran hacia delante, hacia el altar improvisado bajo el arco de flores blancas, donde él está.

Álvaro sonríe.

Esa sonrisa perfecta, magnética, que conquista.

La de quien ha ganado.

A su lado, Olivia lleva el ramo con delicadeza. Perfecta. Mirándole embelesada.

El sacerdote habla.

Palabras huecas: compromiso, respeto, futuro...

La gente asiente. Alguno sonríe recordando.

Alguien graba con el móvil.

Y entonces...

Me acerco despacio.



6. EL VIDEO

El sonido apenas destaca, pero algo —quizá ese sexto sentido que tienen las mentiras cuando van a ser descubiertas— hace que varias cabezas se giren.

Mientras entro a la zona de celebración de la boda compruebo de un vistazo rápido que mi móvil sigue vinculado con la pantalla. Ahí está: *Wedding display*

No corro, camino despacio para poder vincular el bluetooth.

Mis tacones resuenan más de lo que deberían sobre el suelo de madera. O quizá es que el

silencio ha empezado a extenderse, como una mancha.

Álvaro me ve.

Y en ese instante —ese único, diminuto instante— su sonrisa se rompe.

No del todo.

Pero lo suficiente.

Sabe.

No sabe qué.

Pero sabe que algo va a pasar. Lo que menos le gustaba cuando vivíamos juntos eran mis sorpresas y estoy segura de que ha visto en mi cara que le espera una.

Sigo avanzando.

Nadie me detiene.

Nadie entiende mi falta de consideración.

Alguien susurra mi nombre.

Otro pregunta en voz baja qué hago allí.

No respondo.

Todavía no.

Subo los dos escalones hacia el altar.

El sacerdote se calla.

La música se ahoga de golpe, como cortada por el silencio de la gente.

Miro a Álvaro.

De cerca, su sonrisa ya no es sonrisa. Es una grieta mal disimulada.

—Vera... —empieza.

Levanto la mano.

—Ni una palabra.

No alzo la voz. No hace falta.

El murmullo crece detrás de mí. Sillas que crujen. Cabezas que se inclinan para ver.

La novia me observa, primero desconcertada... luego irritada, como si esto fuera un error de protocolo.

La miro apenas un segundo.

Luego vuelvo a él.

—Diles a todos quién eres de verdad.



Pulso el *play* en el video.

Nada ocurre.

Solo un leve destello azul en la esquina del dispositivo.

El mismo que apareció unos minutos antes, cuando vinculé mi móvil con la pantalla.

Ahora solo tengo que reproducir.

Nadie entiende lo que está pasando.

Al fondo, sobre el lateral del altar, la gran pantalla —esa en la que se iban a proyectar fotos felices dentro de unos minutos— parpadea.

Un técnico frunce el ceño.

Alguien gira la cabeza.

La imagen termina de estabilizarse.

Un salón.

Reconocible. El del piso de Álvaro.

La cámara está mal colocada, como si alguien la hubiera dejado apoyada sin cuidado.

Se oye una voz antes de que aparezca la figura.

—No llores Alma.

Silencio.

Luego él. Álvaro.

De perfil al principio.

Luego de frente. Inconfundible.

Frente a él... una niña.

No se le ve del todo la cara.

No hace falta.

Es Alma

Se encoge.

Se abraza con lágrimas en los ojos

—Te he dicho que no llores —repite él, más duro.

La niña no responde.

Un sollozo breve. Cortado.

Álvaro se acerca.

Demasiado.

La agarra los hombros.

Fuerte.

La sacude.

—Escúchame bien Alma —dice, inclinándose hacia ella—. Esto es lo que tienes que decirle al juez. ¿Me oyes?

La niña asiente.

Él vuelve a zarandearla.

—¡Mírame cuando te hablo!

Ahora sí.

La niña levanta la vista.

Y la cara—ese miedo infantil sin defensa—
atraviesa a todos los presentes.

—Tu madre no está bien —continúa él, des-
pacio, marcando cada palabra—. Está confun-
dida. A veces se pone nerviosa. Grita. Se enfada
sin motivo. ¿Lo entiendes?

Silencio.

—Dilo.

—Mamá... se enfada... —balbucea la niña.

—Más claro.

—Mamá se enfada... mucho...

—Y te da miedo.

La niña duda.

Ese segundo.

Ese maldito segundo.

Álvaro aprieta más sus hombros.

—Dilo.

—...y me da miedo.

Silencio.

Asfixiante.

Álvaro la suelta.

Se aparta.

Se recompone.

—Muy bien —dice, como si nada—. Así es como nos aseguramos de que estés siempre conmigo. ¿Vale? Tienes que ser valiente y contarle al juez que es ese señor que te he dicho que te hará preguntas, todo lo que hemos ensayado.

La niña no responde.

No puede.

La imagen tiembla.

Se corta.



7. OLIVIA

Todos han visto que no es un montaje.
Que no es una broma.

Es demasiado real.

Demasiado cercano.

Demasiado... reconocible.

Un murmullo empieza a crecer, bajo, incómodo, como una corriente que se abre paso entre las mesas.

—¿Pero qué...?

—¿No es esa niña...?

—No puede ser...

Alguien se levanta.

Otro se acerca un poco más a la pantalla.
Yo no me muevo.
No hace falta.
La verdad ya camina sola.
Álvaro intenta recomponerse.
—Esto es una manipulación —dice, alzando la voz—. Esto está sacado de contexto. No sabéis lo que...
—Cállate.
No soy yo.
Es Olivia, su prometida.
Su voz no es alta.
Pero cortante.
Se gira hacia él despacio.
Muy despacio.
Y ahora sí lo mira de verdad.
No como antes.
No con esa admiración casi infantil.
Ahora lo observa como se observa algo que acaba de romperse en las manos.
—¿Cómo has podido? —pregunta.
Álvaro duda.
Solo un segundo.
Pero ese segundo lo condena.
—Olivia, escucha, yo puedo explicarlo...
—Es tu niña pequeña... ¿Qué clase de monstruo eres?

Más firme.

Más fría.

Más distante.

El silencio se hace insoportable.

Y entonces ocurre. Álvaro no afirma. Ni niega.

Pero baja la mirada.

Y eso...eso lo dice todo.

Olivia asiente. Una vez. Luego otra.

Deja caer el ramo. Y con él... todo lo demás.

El sonido de las flores al golpear el suelo es absurdo.

Pequeño. Ridículo.

Y, sin embargo, suena como un disparo entre los invitados.

Se da la vuelta. Me mira y me hace un gesto con la cabeza.

No corre. No grita. No monta una escena.

Simplemente... se va.

Así. Sin más.

Dejando a Álvaro allí. Expuesto ante todos.

Desnudo.

Álvaro da un paso hacia ella.

—Olivia, espera...

Pero ya nadie le escucha.

Porque la boda ha terminado.



La vista se me va al padre de Olivia. Don Mauro está sentado en una mesa alta, de las del cóctel, mirándome. Me hace el más leve gesto con la cabeza mientras un atisbo de sonrisa intenta dibujarse en su boca.



8. DONDE SIEMPRE ESTUVO

No recuerdo haber llegado al coche.
Solo recuerdo las manos en el volante.
Blancas. Tensas.

Mientras corro hacia el coche, llamo a Penny.
Esa voz mecánica, fría y odiosa:
«El teléfono al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura.»

Luego la carretera abriéndose delante de mí
como un obstáculo que tengo que cruzar cuan-

to antes. Acelero, pero tengo la sensación de que llego tarde.

Cada segundo pesa.

Marco rellamada. El tono suena una vez, dos, tres.

«El teléfono al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura.»

Cuelgo. Vuelvo a marcar.

«El teléfono al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura.»

Cada semáforo es una amenaza. Cada segundo una deuda que no puedo pagar.

Cada curva, un obstáculo absurdo.

—Aguanta cariño... —susurro—. Aguanta, por favor...

No sé si se lo digo a ella...

o a mí.

No me acordaba de ella hasta que pregunta:

—¿Por qué me dices eso, mami?

Sonrío por el retrovisor al contestarle.

—Ya estamos llegando a casa, cariño.

Aparco en cualquier sitio

No acierto la primera a desatar de la sillita a Alma.

Prefiero cogerla en brazos para no tener que tirar de la mano.

Subo las escaleras casi corriendo.

Las llaves se me caen.

Las recojo. No acierto a la primera.

A la segunda.

A la tercera.

La puerta se abre. Dejo a Alma en el suelo y cierro.

El silencio me golpea.

—¿Penny?

Nada.

El corazón se me dispara.

Camino rápido por el pasillo.

Casi corriendo.

Empujo la puerta.

Y...

Ahí está.

Tumbada en la cama. Auriculares puestos. La misma postura.

La misma luz entrando en líneas oblicuas por la ventana.

Como si nada hubiera pasado.

Como si el mundo no se hubiera roto hacía apenas un par de horas.

Se quita un auricular al verme.

Frunce el ceño.

—Mamá... —dice—. No sé que narices pasa, pero ni el wifi ni la red han funcionado en toda

la tarde. Tenemos que cambiar de compañía.
Esta es una mierda.

Me quedo en la puerta. Sin respirar. Mirándola.

Entera. A salvo.

Se incorpora un poco.

—¿Qué te pasa mamá?

— Eso, ¿qué pasa, mami?— dice Alma que acaba de entrar a la habitación.

No contesto. No puedo.

Doy un paso. Luego otro.

Y la abrazo.

Fuerte.

Demasiado fuerte.

Como si alguien pudiera arrebatármela si aflojo.

—Mamá... —protesta, ahogada—. Me haces daño...

Alma se une al abrazo.

Yo no me suelto de mis niñas.

No todavía.

Porque ahora lo entiendo.

Todo.

El mensaje. La foto. El miedo.

No era un secuestro. Era una trampa muy bien orquestada y yo llevaba dentro todo lo que hacía falta para que funcionara.

Una forma de obligarme.

Obligarme a hacer exactamente lo que acabo de hacer.

La separo de mí lo justo para mirarla.

Le aparto el pelo de la cara.

—¿No has salido en toda la tarde?

Niega.

—No... me dolía. Te lo dije.

Asiento.

Claro que me lo dijo. Y yo no escuché. O no quise escuchar.

Apoyo la frente en la suya.

Cierro los ojos.

Y, por primera vez en todo el día, respiro de verdad.



EPÍLOGO

Penélope vuelve a tumbarse en la cama, como si nada hubiera pasado.

Yo me quedo unos segundos más, observándola.

Respira tranquila.

Rítmica.

Ajena.

Alma sale conmigo y cierro la puerta con cuidado.

En el pasillo, el silencio ya no pesa igual.

Es otro.

—Mami, ¿puedo poner las K-Pop?

Sonrío. Normalidad.

—Sí, pero solo un ratito, ¿vale? que tenemos que empezar a preparar la cena.



Alma está sentada en el sofá viendo la tele. Ella sola se ha quitado el vestido y se ha puesto una sudadera, un poco grande, como para esconderse dentro.

Cuando me ve, no sonrío. Está un poco seria, me mira.

—Mamá... —dice.

Y en esa palabra noto su tono distinto, preocupada

Me acerco despacio.

Me agacho frente a ella.

—Estoy aquí —le digo.

No sé si es suficiente.

Duda.

Baja la mirada.

—Papá... —empieza.

Se queda ahí. No puede seguir. No hace falta.

Asiento despacio.

—Lo sé.

Silencio.

Luego, muy bajito:

—¿Tengo que ir con él?

Ahí está la pregunta. La única que importa.

Niego con la cabeza

—No.

Me mira. Buscando algo.

Una promesa que no se rompa.

—No vas a ir con él —repito—. Nunca más.

Sus hombros se relajan.

Y entonces se acerca. Se apoya en mí.

Como quien comprueba si el suelo sigue estando ahí.

La abrazo. Esta vez más despacio.

Porque ya no se trata de protegerla del miedo.

Sino de enseñarle que ese miedo... ya ha terminado.



Voy de nuevo a la cocina para seguir con la cena.

Entonces saco el móvil.

Varias llamadas perdidas. Mensajes. Nombres que ya no importan.

Uno nuevo.

Desconocido.

Lo abro.

No hay texto.

Solo una notificación bancaria.

Un ingreso.

60.000 €

Concepto: Por las molestias.

Me quedo mirando la pantalla.

Un segundo.

Dos.

Demasiados.

Respiro.

Y sonrío.

Una de esas sonrisas que no tienen nada que ver con la alegría.

La borro enseguida.

Trago saliva.

Ahora lo entiendo.

No he detenido una boda.

He ejecutado un plan.

Bloqueo la pantalla.

El reflejo me devuelve la mirada. Y, por un segundo, no sé muy bien quién está mirando a quién.

Cierro los ojos.

Y dejo que el silencio diga lo único que puedo pensar:

No hizo falta forzarme.

Bastó con darme un motivo... para convertirme en lo que necesitaban.

Fin